

nen aliento vital propio. De alguna manera, la historia gira en torno a un muchachito y su novia, Iván y María Elvira, si bien recuerdo, que se la pasan hablando y hablando entre sí y o con otros amigos, de lo mismo (léase discusiones muy particulares sobre las diferencias ideológicas sutiles de los distintos partidos de la izquierda que en aquel entonces empezaban a florecer o llegaban a su apogeo). De vez en cuando, estos dos personajes tienen discusiones un poco más amenas con Maquiavelo, el único personaje que quizá logra un brillo como personaje. Su brillo es tenue, pero es brillo al fin de cuentas. Maquiavelo es un manizalita loco del Partido Liberal, obsesionado con la película *El planeta de los simios*, de la que hace unas lecturas bastante divertidas que de alguna manera prefiguran mucho de lo que hoy ocurre en el planeta Tierra. De resto hay mención de nombres, curiosamente nombres que reconocemos como figuras todavía activas en la política y en otros mundos relacionados, pero que, como se aclara en la reseña de la contracarátula del libro, sus “actos pueden no tener relación con el andamiaje del relato”. Y en realidad ¡no la tienen! Están ahí, como se dice, sin ton ni son, Molano, Cepeda, Estanislao Zuleta, Jorge Orlando Melo, entre otros de esa misma estirpe, pero nada agregan y nada quitan. Son convidados de piedra y punto.

Entonces, la buena idea de Jorge Meléndez de narrar esta importante fase de la vida nacional no logra vencer porque su realización es pobre y, como todos lo sabemos, la literatura son ideas y/o sentimientos puestos en palabras para el placer del ser humano, cualquiera sea su índole.

Para finalizar quiero señalar algo que me parece importante: este libro no tuvo editor, y creo que ni siquiera corrector de estilo. El texto está plagado de errores de ortografía, frases incompletas o intercaladas con otras, y su sintaxis es rara, por decir lo menos. Como recomendación general, le diría a Editorial Códice que su tarea de publicar libros es muy encomiable en tiempos

donde el libro es cada vez menos común, por decirlo de alguna forma, pero a la publicación de un texto, en este noble oficio editorial, la anteceden unos procesos como los que hacen el editor y el corrector de estilo, que no son evitables y ninguna casa editorial se los ahorra, pues como lo sabe cualquier persona que haya trabajado en este campo, no le corresponden al escritor sino a quien lo publica.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Los ríos de sangre ✓

Nuestras vidas son los ríos

Jaime Manrique

Juan Fernando Merino (trad.)

Alfaguara, Bogotá, 2007, 366 págs.

Hay un filme del griego Michael Cacoyannis denominado *Las mujeres de Troya* (1971) que, entiendo, se basa en *Las troyanas*, la tragedia de Eurípides. La particularidad de ese filme radica en que enfoca el problema de Troya desde la visión de sus mujeres. Allí Casandra, Hécuba y Andrómaca, en especial, evidencian la saña de los héroes aqueos tras su victoria, despojándolos así de su aura gloriosa. Aunque lo vi hará cosa de unos veinte años, recuerdo todavía la vehemente desacralización de Ulises que se realiza en cierta escena, quien es visto como un timador y un mentiroso por parte de Hécuba, en vez de suscribir el reconocido don de la inteligencia con que Homero lo revistiera en sus dos obras, al endilgarle, precisamente, el epíteto de “ingenioso”.

La obra de Eurípides es mucho más verídica que la de Homero y contribuye a desmitificar a los grandes personajes que hicieron la historia y la leyenda. Su método, ya lo dije, es el cambio de foco. Basta, entonces, con acomodarse en otro ángulo del asunto para que el mito se resquebraje.

Sabido de ello, el autor barranquillero Jaime Manrique ha optado por aproximarnos a la figura de Bolívar desde su más cercana intimidad: la que sólo pudieron conocer sus familiares, amigos, sirvientes y, en este caso, su amante, Manuelita Sáenz. A través de ella, en efecto, accedemos a aquella América Latina de la época independentista según la mirada de sus mujeres. Pues, hay que precisarlo, las cuatro partes de la novela, tituladas cada una con el nombre de “libro”, precedido del ordinal respectivo (primer libro, segundo libro, tercer...), son propuestas no sólo desde la imagen de Manuelita, sino con voces que miman la suya propia y las de sus dos esclavas: Natán y Jonotás.



Así, entonces, las tres mujeres nos muestran el rostro de aquella sociedad que en la primera mitad del siglo XIX padeció los estertores del colonialismo español y el advenimiento de nuestro inocuo país. Inocuo porque se sustenta en mentiras escritas con sangre que estas tres mujeres nos revelan sin atenuantes y cuando alguna, especialmente Manuelita, cede a la flaqueza del amor para vanagloriar a su amante,

las dos esclavas, con su particular carácter, se encargan de poner otra vez las cosas en su sitio. De este modo, si bien en la página 202, el relato de Manuelita cediéndole la voz a Bolívar, lo hace decir, en tono de víctima:

Las dos características principales de los colombianos son su orgullo desmedido y su deslealtad. Esta es una nación de indios incivilizados. Ahora entiendo por qué San Martín se marchó a Europa y se quedó allí.



Cerca de cien páginas después, cuando *El Libertador* y Manuelita descubren a los autores de la célebre y fallida conspiración, expresa Natán:

A menudo le escuché decir a El Libertador, después de que lo criticaran por un acto autoritario, que en la guerra, el fin justifica los medios. Aquel día comprendí con claridad que si Bolívar y Manuela hubiesen permanecido en el poder, habrían llegado a ser tan crueles como los dictadores españoles más sanguinarios. Nadie que hubiese tomado parte en la epopeya de la independencia podía reclamar que tenía las manos limpias de sangre. [pág. 299]

Y para precisar la crueldad, para abriarnos definitivamente los ojos —obstinadamente cerrados por tantos relatos leídos en los libros oficiales de historia— y justificar la afirmación relativa a la higiene manual

de los participantes por acción u omisión en la denominada “epopeya”, Natán continúa con el relato sobre el ajusticiamiento de los conspiradores, de quienes dice que “fueron fusilados en frente de centenares de bogotanos que vitoreaban entusiasmadamente”. Además:

Se dieron órdenes de que debían dejarlos atados a sus sillas mientras se desangraban. Quedaron charcos de sangre alrededor de ellos durante el resto del día como una advertencia para todo aquel que en el futuro se le ocurriera conspirar contra Bolívar.

[pág. 300]

Para graficar aún el horror, Manrique imagina una granizada apocalíptica que cae toda la noche sobre la ciudad tras el cruento acto, de manera que al amanecer, dice la esclava:

Cuando llegué a la Calle de la Carrera y empecé a cruzarla, eché un vistazo en dirección de la Plaza Mayor, y tuve que contener la respiración. El día anterior la plaza entera había estado empapada con la sangre de los conspiradores. Esta mañana, la plaza de nuevo se veía recubierta, pero de un estrato de hielo. Luego, a medida que el sol se elevaba por encima del cerro de Monserrate, la capa de hielo sobre la sangre coagulada hacía que la plaza pareciera un lago congelado repleto del zumo carmesí del fruto del corozo. [pág. 301]

De modo que esa plaza, que posteriormente sería llamada Plaza de Bolívar, fue marcada desde antes de padecer su nombre con el estigma de sus víctimas.

Pero la novela de Manrique va más allá de esa simple desacralización del héroe, por demás ya realizada por la pluma de otros novelistas, entre quienes se destaca la insigne de García Márquez que, a propósito, no puede dejar de evocarse al leer la descripción del lago de sangre congelado y conjugarla con aquel hilo rojo que, partiendo

de la sien de José Arcadio, regresa como un cordón umbilical a su matriz. Es imposible soslayar al leerla la propia imagen de la llamada “Libertadora de el Libertador”. Pues, volviendo a la novela de Manrique propiamente dicha, a pesar de la ostensible presencia de Bolívar, la vida de la rebelde quiteña y la de sus esclavas e incluso parte de su muerte —la novela trasciende los límites del mundo terrenal y termina cuando el alma de Manuela se confunde en las entrañas del volcán Coto-paxi— constituyen la materia principal del relato.



Así nos enteramos de la historia de una mujer que, no obstante ser indiscutiblemente criolla, tuvo la mala suerte de nacer bastarda en aquella época de explícitas y férreas talanqueras sociales. Aquello ocasionó la vergüenza de la familia, en particular de la malvada tía Ignacia. Manuela pasa los primeros años de su adolescencia en el internado de un convento y cuando, en algún momento, su padre, a quien solo conoce cuatro días antes de cumplir los quince años, le da un lugar junto a su esposa e hijas legítimas es tra-

tada por éstas como una especie de cenicienta. Pero Manuela, apasionada y rebelde, huye con un oficial español que no era precisamente un príncipe azul y luego, deshonrada y abandonada, termina siendo prácticamente negociada en calidad de esposa a James Thorne, un comerciante inglés residenciado en Panamá, a donde el padre de Manuela se trasladara para solucionar el problema de una hija deshonrosamente desvirgada en las postrimerías del Quito virreinal. Pero Manuela tiene un amor ideal desde sus tiempos escolares: el general Bolívar, y su triunfal entrada a Quito, en 1822, marcará el inicio de una relación que sólo terminará con la muerte de éste. Antes de ello, Manuela, respaldada por sus fieles esclavas, que se criaron con ella prácticamente desde niñas, siendo las tres compañeras de infortunio en la orfandad, ya se había comprometido con la causa de la independencia, patrocinando clandestinamente a los rebeldes desde su cómoda situación de próspera señora del comerciante Thorne, con quien llevaba en Lima, desde cinco años atrás, un matrimonio que nunca funcionó debidamente en la cama.



Vemos, pues, tras este somero relato del argumento y el análisis de algunos apartes, una historia que

podría catalogarse como novela de género. Incluso desde el travestismo de Manuela y Jonotás, quienes gustan vestirse de militares y beben, fuman y se expresan con desenvoltura, se evidencia la postura a contracorriente de una mujer a quien no le valieron límites sociales, políticos, religiosos ni morales.

Su único límite fue, como ella misma lo reconoce, el vivir en una época y, sobre todo, en un espacio en que, incluso por amor o filantropía, se podía caer en las peores extravagancias del poder:

Quizás la tiranía no era otra cosa que la expresión extrema de un corazón que se ha enfriado del todo. Y uno podía convertirse en un tirano incluso mientras trabajaba desinteresadamente en corregir las maldades del mundo.
[pág. 314]

Formalmente, la novela de Jaime Manrique tiene algunas marcas destacables:

- El monólogo de tres narradoras, aunque en éstos, a mi modo de ver, se puede extrañar un rasgo mayor de oralidad ficticia, dado el carácter analfabeta de dos de ellas;
- el título que parodia el verso, ahora teñido de sangre, de su pariente medieval;
- el desborde, ya señalado, del mundo terrenal, cuando Manuela nos cuenta el propio tránsito de su muerte y sus primeros momentos de la experiencia fatal;
- la sorna con que se narran ciertos apartes, en especial la postera entrevista de Manuela con el general Santander, quien, antes de anunciarle su decisión de exiliarla, afirma que “De buena gana, habría dado mi vida para protegerlo [a Bolívar]”, la pintoresca aparición al final, en la desolada ciudad peruana de Paíta, “el pedo del mundo”, donde Manuela y Jonotás pasan sus últimos días, del entonces nonagenario maestro de Bolívar, Simón Rodríguez, y el episodio en que Manuela cuenta el resultado de

su entrevista con las damas bogotanas de alcurnia, dedicadas a la inútil labor de vestir santos;

- la reflexión, en fin, cercana al formato de ensayo de algunos apartes. De esto último vale la pena señalar dos, el primero sobre el bestial sinsentido de la violencia en Colombia, referido por boca de Natán:



Las masacres, levantamientos y guerras que siguieron a la llegada de los conquistadores habían hecho de la gente de Colombia una gente sanguinaria... como esos jaguares que una vez que prueban la carne humana no podían ser saciados nunca más. La vida humana no valía mucho. Cuando tantas personas habían muerto, una sola vida no tenía valor alguno. Las grandes masacres apenas provocaban que algunas personas enarcaran las cejas. Los colombianos constantemente buscaban excusas para verter más sangre. De quién era esa sangre, daba igual. El derramamiento de sangre se convirtió en la principal fuente de entretenimiento, un espectáculo cruento e incesante que todos se podían permitir. Las cosechas de los campos colombianos se fertilizaban con

sangre y carne humana en descomposición. A veces parecía que por los arroyos y ríos de la Gran Colombia corría más sangre que agua. Nadie en la Gran Colombia —fuese rico o pobre, español o criollo, hombre libre o esclavo— podría proclamarse inocente [...] Este era el resultado de las guerras de Independencia... una nación de gentes con los corazones duros, un lugar en el que el odio era lo que hacía latir los corazones. Una nación de gente cegada por la ira, una raza de bestias feroces indiferentes al sufrimiento humano. [págs. 299-300]



Y el segundo sobre la vanidad de tanto afán y matanza, característica de nuestro mundo, que Manuela suscribe ya en los linderos del más allá:

[...] este mundo que imprudentemente llamamos nuestro, o incluso hogar, pero que no es nada más que una hermosa, y con frecuencia dolorosa, estación de paso; un sitio en el que luchamos con desesperación para crear, controlar, cambiar, aferrarnos a las cosas, a la gente, al poder, a la gloria, a la belleza y hasta al amor, sin entender que todo ello nos es dado sólo en préstamo, para ser pasado una y otra vez a aquéllos que vienen detrás de nosotros, ya sean amos o esclavos, a todos los insensatos que habitan la tierra, soñando

esos sueños de los que estamos hechos. [pág. 366]

Sí, nuestras vidas, particularmente en Colombia, son los ríos —de sangre— que van a dar en la mar.

ANTONIO SILVERA
ARENAS

“Dositeo y sus veinticuatro horas narrables”

¡Otra vez!

Saúl Álvarez Lara

Hombre Nuevo Editores, Secretaría de Cultura Ciudadana, Medellín, 2007, 293 págs.

Saúl Álvarez Lara nació en 1948, escribe, pinta, es diseñador y publicista. Egresado de la Escuela Nacional Superior de Arquitectura y Artes Visuales de La Cambre, en Bruselas, se desempeñó como director creativo de Pérez y Villa Publicidad en Medellín y actualmente es profesor, investigador, asesor creativo y asesor gráfico. En el 2005 ganó la III Convocatoria de Proyectos Culturales de la Alcaldía de Medellín con esta novela ¡Otra vez!

Dositeo el protagonista narrador nació un 29 de febrero. La novela se sucede en cada una de las celebraciones de ese día que no existe sino una vez cada cuatro años. Nunca sale de su cuarto y desfilan por allí sus historias de vida, recuerdos y enredos familiares.

Desde que tiene cuatro años, es decir su primer cumpleaños narrable, Dositeo relata detalles de las veinticuatro horas del particular día y el lector sigue el paso del tiempo con los temores y las disertaciones del protagonista que a veces da la impresión de ser un ente o una especie de molusco al que le suceden acontecimientos en los que participa de una u otra manera, bien como

simple espectador que no rechista, o como protagonista narrador de la vida cotidiana de los personajes que llegan a la casa donde habita.

Un buen lector puede ser erudito, sin embargo, el dejarse atrapar por letras ajenas en el oficio de escribir es una trampa peligrosa, al contrario de aquello que le puede suceder al lector que puede recibir múltiples influencias que no superarán jamás el transfondo para aparecer como escrito. Esta novela parece repleta de lugares comunes y asida bajo sombras reconocidas; una de las protagonista deja siempre olor a jazmín en los rincones, la saga familiar, los fantasmas, las ausencias, la clarividencia, las predicciones.

4:09 a.m.

Mientras en la habitación del ala derecha el olor del jazmín pegado a paredes, muebles, cortinas, parecía parte del mobiliario y como música de fondo se escuchaba la voz del cardenal, amigo, compatriota y mentor [...]

Jacinta, que de la señora Dolores conoce lo poco que él le ha contado, asegura que la facilidad para inventar frases que parecen arengas la heredó de su devoción ajena. [pág. 57]

Aunque Dositeo no sale jamás de su ámbito, aparecen personajes a su alrededor que están ligados a su vida o se ligan a la fuerza. A pesar de hacer el intento de narrar las veinticuatro horas de su vida y entretener los recuerdos de cada uno de los onomásticos, la estructura tan compleja termina por desflecar el intento de trama o la posibilidad de una narración en la cual se armen personajes capaces de llevar al lector por alguno de los caminos propuestos. Los personajes entretreídos en un intento complejo de estructuras no logran consolidarse más que en imágenes diversas.

Todavía quedan cosas para desmembrar en la memoria circunstancial que Ramplonés inventó para obligarme a hablar el